

El perro de Valle-Inclán

Ha habido un general francés de la reserva, situación que le permite mostrarse poco bélico, para predecir lógicamente que, puestas las cosas tal como están entre los dos grandes poderes que hoy se disputan el mundo, el agresor saldrá perdiendo, a pocas fuerzas destructivas que aún tenga el agredido después de la primera embestida agotadora del atacante. Por desgracia no se puede uno fiar de las profecías lógicas y es difícil creer en las profecías militares de los generales, aunque estén en la reserva. Sobre todo cuando un pacifista matemático y empírico, es decir inglés, ha echado las cuentas del tiempo que tardarán en cerrarse todas las salidas de la humanidad y ha puesto por dentro el letrero que el Dante puso en el Infierno por fuera, modificándolo ligeramente: “Perded media esperanza los que estáis”. Pero él se marcha, ahí queda eso. Tiene 82 años y según las probabilidades de su cálculo funesto hay a lo más sólo tantas en pro como en contra de que la humanidad siga existiendo dentro de 40 años, mientras que es una probabilidad omisible no ya en la escala humana, en la terrestre y en la cósmica, a pesar de lo que la vida humana se ha alargado, que un hombre de 82 años viva todavía cuarenta años después.

¿Tendrá razón el pacifista aterrador? ¿Será tanta la crudeza o se trata de salvas psicológicas de la guerra de las propagandas, en la que toman parte, como en todas las guerras, belicistas y pacifistas? Hombres de ciencia que no son pacifistas ni belicistas y hablan únicamente en nombre de su especialidad anuncian, en cada ocasión más concretamente, los peligros catastróficos desde luego de la guerra y más urgentemente de su preparación. Como consecuencia de la primera contienda mundial de nuestro siglo, la de 1914, hubo una inteligencia preocupada de mantenerse apar-

te de la parcialidad, Paul Valéry, que se creyó obligada a reconocer públicamente la observación y el aviso de haber hecho visible cómo desaparecía una civilización. Hemos progresado, no se trata ahora de que vaya a desaparecer una civilización cual han desaparecido las otras, en realidad no queda más que una, se ha hecho universal, sino de que su desaparición va a arrastrar la de la humanidad. El ser o no ser, el monólogo de la Humanidad, es la cuestión que el matemático inglés Bertrand Russell plantea para dentro de 40 años, el año 2000. Los terrores del Año Dos Mil. Fechándolos con mayúsculas no dan tanto miedo. Recuerdan inevitablemente a los terrores del Año Mil, que, según parece, fueron una fábula. Pero entre los terrores que pudo haber hace mil años y los que pueda haber en lo que queda del siglo las diferencias son naturales y paradójicas. El monólogo de la Humanidad ha sido contradictorio en la civilización cambiante y sucesiva que ha merecido ser llamada griega, romana, cristiana, europea, occidental y que en adelante debiera llamarse científica.

Empecemos el monólogo por Pitágoras, haya o no existido este hombre, hoy se cree que sí, de todos modos han existido y existen sus ideas. Llamamos Pitágoras al paso de las ideas persas, caldeas y egipcias a la Jonia y la Magna Grecia. Considerado así, Pitágoras no es más fantasma que Tales, Anaximandro, Anaxímenes, los grandes hombres de la escuela de Mileto. En el mundo pitagórico, la humanidad es movimiento, todo es movimiento. Si para los primeros pitagóricos giraban el Sol y los Siete planetas de Este a Oeste, pero la Tierra pasaba sus días y sus noches inmóvil, Hicetas, Hipparcus, evidentemente Filolao, esto es en el siglo V antes de Jesucristo, echó a rodar a la Tierra de Oeste a Este, en torno a un fuego que ella no veía porque giraba de espaldas a él. Era pues, invisible lo inmóvil, a quien se aludía con metáforas magníficas, y estaba además representado por algo móvil, el fuego, Hestia, la Vesta de los romanos, la diosa del hogar. Los Diez cuerpos celestiales, creados por el fuego invisible, se movían; en realidad, a uno de los Diez tampoco lo vieron. Tenían que ser diez, el número perfecto de los pitagóricos; con los diez primeros números, alternativamente pares e impares, se hacen todos los demás; pero como no veían más que nueve planetas, Aristóteles lo dice al parecer no sin gracia, tuvieron que inventar el décimo, la

Antitierra. Dejando de lado semejante invención, que llevaría a otro monólogo, naturalmente el monólogo de la Tierra, lo que llama la atención es que de ese cielo pitagórico, fantasmagórico, se desprendía la verdad de que todos los cuerpos, incluso el planeta de los humanos, se movían y el planeta de los humanos no era el centro. En él, la humanidad se movía a su vez en torno a un principio, el hombre transmigraba de una personalidad a otra. En el mundo pitagórico, el hombre no era el centro de la Tierra, como ésta no era el centro del Cielo.

La humanidad, por naturaleza y sentido común egocéntrica, no podía ver ese cielo, es la ocasión de decirlo, con buenos ojos. Si después de haber habido un tal Ecfantus o quien fuese con los brazos robustos para levantar en vilo a la Tierra y volver a colocarla en el centro, hubo en los siglos siguientes, en el IV, en el III antes de Jesucristo, Heráclides de Ponto, Seleuces de Babilonia y Aristarco de Samos, sobre todo evidentemente este último, que dio una patada de fútbol a la Tierra, fueron —Seleuces y Aristarco— perseguidos en nombre de los dioses, como lo fueron los pitagóricos primitivos y lo había de ser Galileo (se libró Copérnico porque su obra, conviene recordarlo, se publicó con el prefacio modificado). La humanidad egocéntrica no sólo triunfa vulgarmente. Desde el advenimiento, antes del triunfo, del Cristianismo, en el siglo II de nuestra era es cuando el gran Tolomeo aplasta a Aristarco. Tolomeo ha sido en la Edad Media, es decir, para la cristiandad, el Aristóteles de la astronomía. El egocentrismo de la cristiandad se atorquilla en el geocentrismo de Tolomeo. Al contrario que en el mundo pitagórico, en el medieval el hombre es el centro de la Tierra y ésta es el centro del Cielo. Nada más natural que Dios se haya hecho hombre, no le era posible hacerse marciano, no había seres más que en la Tierra, toda la Tierra era privilegiada. Todos los seres, no. No había otros seres como el hombre. Dios hizo el hombre a su imagen y semejanza, no a la imagen y semejanza de los animales, o mejor dicho, no hizo a los animales a la imagen y semejanza del hombre.

Tal humanidad egocéntrica y endiosada era la menos dueña de sí misma que haya habido. Estaba condenada. Su gran tarea había de ser salvarse, sálvese el que pueda y como pueda. Semejante humanidad era muy poca cosa. No dominaba a las fuerzas

de la naturaleza, apenas dominaba a los animales, apenas conocía la Tierra; ni había subido a sus grandes alturas, ni descendido a sus mayores profundidades, ni descubierto todas sus partes. En fin, aquella humanidad desconocía el cuerpo del hombre. Está a merced de todas las fuerzas y las ignoraba, todas las fuerzas eran para ella sobrenaturales. Su postura característica fue la postración. Los terrores del Año Mil tienen la suprema realidad de los mitos, son la expresión de una humanidad que vivía perpetuamente aterrada por todo lo que no dependía de ella. Si ella se atemorizaba a sí misma con sus métodos políticos, lo hacía por mimetismo, no sabía hacer otra cosa. Nacía en el terror.

Cuando la inteligencia se pone de pie, en la época que decimos el Renacimiento, lo primero que hace es dudar de su universo. Y empieza a conocerlo. A medida que la humanidad se despoja de sus falsos títulos, aumenta su predominio. La Tierra no es el centro del Cielo, pero el hombre podrá algún día volar. Copérnico y Leonardo da Vinci son contemporáneos. Aunque sus inteligencias no se conocieran, las ideas, desde antes de la invención de la radio, estaban en el aire. El hombre no es físicamente distinto de los animales superiores, pero se los adueña y llegará a manejar los minúsculos, los no vistos, como verá los lugares sin luz de la Tierra y manejará las fuerzas invisibles de la naturaleza. El Sol pierde a su vez su primacía, no hay Sol, hay soles. La humanidad sabe que su Sol puede desaparecer sin que desaparezcan las galaxias y que su tierra, la Tierra de Tolomeo, puede desaparecer del sistema solar de Copérnico sin que desaparezcan el Sol y los planetas, salvo un planeta de segunda importancia, la luna, como sabe que ella misma, la Humanidad, con mayúscula, puede desaparecer de la tierra, la pobre tierra con minúscula, sin que desaparezcan los animales y las plantas, pero al mismo tiempo adquiere más poder para prolongar la vida del hombre y abandonar con vida, no ya la tierra, el cielo, volar a otros planetas, en otras atmósferas. La humanidad, ya sin mayúsculas, se siente cada día menos importante y más poderosa, más responsable de sí, sus poderes empiezan a darle miedo. Los terrores del año Dos Mil que pueda sufrir no serán fabulosos como los del Año Mil, dependerán de ella, serán suyos, auténticos. No es al cielo a quien tiene que interrogar sino a sí misma. Ha llegado el momento en que el

monólogo de ser o no ser de la Humanidad es verdaderamente el monólogo de Hamlet. Toda ella tiene como un solo hombre y un puñado de hombres, tal vez un día un solo hombre tendrá por toda ella el poder máximo que, en definitiva, ha tenido siempre sobre sí el ser humano y es, con el tener mano, lo que le ha diferenciado de los otros seres, el poder destruirse.

Se dice que los animales sienten como nosotros, se empieza a decir que hablan. Todavía no se ha dicho que se suiciden. Rectifico. Se lo he oído decir a Valle-Inclán, el cual no podía satisfacer la pasión que sentía, como D'Annunzio, por los galgos, no tuvo más que uno, un galgo cordobés que le regalé yo y se quemó el rabo en la estufa junto a la que Valle-Inclán pasaba el invierno. Como un galgo sin rabo no se concibe, desapareció. Valle-Inclán me dijo muy serio que, desesperado por sentirse rabón, había subido al tejado de la casa y se había tirado de cabeza. La humanidad que se siente rabona ¿hará lo mismo que el perro de Valle-Inclán?

(La Nación, 1 de febrero de 1959)